

El Nuevo Estilo en la Novela

CUANDO leí *La Amortajada* de María Luisa Bombal me quedé pensando y sintiendo intensamente. Una mujer, amortajada ya, abre los ojos, ve, siente y rememora. Nada nuevo en el tema, de suyo muy difícil, pero la autora posee una sensibilidad finísima y un dón de decir admirable y la novela resulta nueva, intensa, de pura poesía, o de pura novela, que es lo mismo.

Se acerca María Bombal a la perfecta expresión artística, a la pureza sintética de Juan Ramón Jiménez, a la clara sencillez de Pedro Prado en *Alsino*, a la quemante suavidad de Pablo Neruda en *Angela Adónica*. María Bombal es poeta, ve la vida en belleza, interpreta la vida en forma artística, escribe con gracia de mujer privilegiada.

La *Amortajada* es una mujer que ha vivido con intensidad, a través del amor, del odio, del sufrimiento, de la madurez. Ahora, en su último sueño, nos habla del amante, del esposo, de los hijos, de la vida que despunta en la muerte. Ahí está, inmóvil, con las manos cruzadas sobre el pecho, "sus manos que han adquirido la delicadeza frívola de dos palomas sosegadas". María Bombal entra en su tema. Es la agonista de su propia obra; ella misma, la amortajada. Trae a su relato cálidas formas de recuerdo, vitales ansias de vida y muerte, símbolos y frescas imágenes, frases de sangre y de ternura.

Llegan a su lado el novio de gesto dulce y terrible; la hermana bella y triste; el hijo devorado por los celos; el detestado confidente; el marido enamorado al principio, despótico y cruel más tarde; la nuera de inverosímil belleza; la hija fría y tierna.

Y se llevan su cuerpo. Se abre el cielo a sus ojos; está ya en el jardín; echa a andar el cortejo sobre el césped; pasa por la gran calle de árboles, álamos, eucaliptus; se interna en el bosque. Ahora va campo traviesa y en breve llega al cementerio del pueblo:

Y he aquí que ella se encuentra sumida en profunda obscuridad.

Y he aquí que se siente precipitada hacia abajo, precipitada vertiginosamente durante un tiempo ilimitado hacia abajo; como si hubieran cavado el fondo de la cripta y pretendieran sepultarla en las entrañas mismas de la tierra. (1)

Y empieza la desintegración de su cuerpo; el descenso hacia las vertientes subterráneas. Nuevas ondas de vida agitan su cuerpo, pero ya es tarde:

nacidas de su cuerpo, sentía una infinidad de raíces hundirse y esparcirse en la tierra como una pujante telaraña por la que subía temblando, hasta ella, la constante palpitación del universo.

Y ya no deseaba sino quedarse crucificada a la tierra, sufriendo y gozando en su carne el ir y venir de lejanas, muy lejanas mareas; sintiendo crecer la hierba, emerger islas nuevas y abrirse, en otro continente, la flor ignorada que no vive sino en un día de eclipse. Y sintiendo aún bullir y estallar soles, y derrumbarse, quién sabe adónde, montañas gigantes de arena. (2)

Se deja estar. Había sufrido ya, dice la autora, la muerte de los vivos; ahora, desea la muerte de los muertos.

Hemos dicho que el mérito de *La Amortajada* no reside en la trama. La obra es demasiado breve y poemática para que se espere mucho de la presentación de los caracteres.

Con todo, algunas figuras están exaltadas en dos o tres páginas, descritas o reveladas en maravillosa piromancia. La figura de Ricardo, el amigo de la infancia y amante más tarde, está señalada con primitiva intensidad. La rebeldía de su carácter se revela al ser castigado por una mala acción:

"¡Fuera!" —murmuró sordamente, entre dientes, tu padre.

Y como si aquella interjección colmara la medida, recién entonces desataste tu rabia en un alarido, un alarido desgarrado, atroz, que sostenías, que prolongabas mientras corrías a esconderte en el bosque. (3)

La fuerza de su pasión se comunica a los aspectos físicos y Ricardo es como una llama que fuera quemando todo lo que toca y dorándolo al mismo tiempo de belleza sensual:

Atardecía cuando irrumpiste en el comedor. Yo me hallaba sola, reclinada en el diván, aquel horrible diván de cuero oscuro que cojeaba, ¿recuerdas?

Traías el torso semidesnudo, los cabellos revueltos y los pómulos encendidos por dos chapas rojizas.

—“Agua”—ordenaste. Yo no atiné sino a mirarte aterrorizada.

Entonces, desdeñoso, fuiste al aparador y groseramente empinaste la jarra de vidrio, sin buscar tan siquiera un vaso. Me arrimé a ti. Todo tu cuerpo despedía calor, era una brasa.

Guiada por un singular deseo acerqué a tu brazo la extremidad de mis dedos siempre helados. Tú dejaste súbitamente de beber, y asiendo mis dos manos, me obligaste a aplastarlas contra tu pecho. Tu carne quemaba.

Recuerdo un intervalo durante el cual percibí el zumido de una abeja perdida en el techo del cuarto.

Un ruido de pasos te movió a desasirte de mí, tan violentamente, que tambaleamos. Veo aún tus manos crispadas sobre la jarra de agua que te habías apresurado a recoger. (4)

Antonio es el marido joven, viril, tierno, de quien va separada siempre por el recuerdo de Ricardo; el esposo enamorado que busca siempre la maravilla de su rostro: (“Iremos mañana, hoy, déjame mirarte, déjame quererte”); el hombre digno aunque humilde sólo con ella:

“Ana María, dime, ¿alguna vez llegarás a quererme como yo te quiero?”

El fué quien despertó su cuerpo a los placeres del amor y por quien ella repitió tantas veces:

Ay, no se duerme impunemente tantas noches al lado de un hombre joven y enamorado.

La transformación de Antonio ante la indiferencia de la joven esposa es definitiva. Después de unos meses de ausencia vuelve ella a su lado.

Llegaba exhausta del fundo y no atinó tan siquiera a arreglar sus trenzas deshechas, su tez fatigada. Entró directamente al sombrío escritorio donde su marido la esperaba fumando.

—“¡Antonio!”

—“¿Cómo estás?”—replicó una voz tranquila, desconocida.

Muy poca cosa consigue resucitar de aquella entrevista que ahora sabe definitiva.

Reconsidera y nota que de su vida quedan, como signos de identificación, la inflexión de una voz o el gesto de una mano que hila en el espacio la oscura voluntad del destino. Qué absurda, qué lejana debió parecerle a Antonio, en aquel momento, la pasión que abrigó por la muchacha ahora despeñada y flaca que sollozaba a sus pies y le rodeaba la cintura con los brazos.

La cara hundida en la chaqueta de un hombre indiferente, ella buscaba el olor, la tibieza del fervoroso marido de ayer.

Recuerda y siente aún sobre la nuca una mano perdonadora que la apartaba, sin embargo, dulcemente...

Y así fué luego y siempre, siempre.

Vivieron en el fundo que ella indicó, el que le había dado su padre por dote. Pero Antonio guardó su selva negra, conservó su casa y sus intereses en la ciudad. Un tono fácil, amable, pero jamás en él la alusión, el gesto que la permitieran rehabilitarse. Sin esfuerzo se había desprendido del pasado que a ella la había hecho esclava. Y de noche su abrazo era fuerte aún, tierno, sí, pero distante.

Entonces había conocido la peor de las soledades; la que en un amplio lecho se apodera de la carne estrechamente unida a otra carne adorada y distraída. (5)

La personalidad de Fernando está trazada con vigorosos rasgos: Fernando, el hombre moreno, enjuto, de piel manchada y agrio carácter, cuyo amor humillaba a Ana María; Fer-

nando, que haciéndose su confidente se volvió en su vida un mal necesario:

Oscuramente presentía que Fernando se alimentaba de su rabia o de su tristeza; qué mientras ella hablaba, él analizaba, calculaba, gozaba sus desengaños, creyendo tal vez que la cercarían hasta arrojarla inevitablemente en sus brazos. Presentía que con sus cargos y sus quejas suministraba material a la secreta envidia que él abrigaba contra su marido. Porque fingía menospreciarlo y lo envidiaba: le envidiaba precisamente los defectos que le merecían su reprobación.

¡Fernando! Durante largos años, qué de noches, ante el terror de una velada solitaria, ella lo llamó a su lado, frente al fuego que empezaba a arder en los gruesos troncos de la chimenea. En vano se proponía hablarle de cosas indiferentes. Junto con la hora y la llama, el veneno crecía, le trepaba por la garganta hasta los labios, y comenzaba a hablar.

Hablaba y él escuchaba. Jamás tuvo una palabra de consuelo, ni propuso una solución ni atemperó una duda, jamás. Pero escuchaba atentamente lo que sus hijos solían calificar de celos, de manías. (6)

Fernando es el hombre egoísta que, enamorado terriblemente de Ana María, despierta a su realidad fría y pequeña, ante su muerte:

Ana María, ¡es posible! ¡Me descansa tu muerte! Tu muerte ha extirpado de raíz esa inquietud que día y noche me azuzaba a mí, un hombre de cincuenta años, tras tu sonrisa, tu llamado de mujer ociosa.

En las noches frías de invierno mis pobres caballos no arrastrarán más entre tu fundo y el mío aquel sulky con un enfermo dentro, tiritando de frío y mal humor.

Ya no necesitaré anegar la angustia en que me sumía una frase, un reproche tuyo, una mezquina actitud mía. Necesitaba tanto descansar, Ana María. ¡Me descansa tu muerte! (7)

María Bombal es una escritora de temperamento y de cultura; sabe ella que el color, la línea, el ritmo, la temperatura, los olores, los sabores, son elementos indispensables en la

prosa nueva. Nada mejor para describir paisajes, sus pequeños paisajes, que el movimiento suave de este estilo:

La lluvia cae, fina, obstinada, tranquila. Y ella la escucha caer. Caer sobre los techos, caer hasta doblar los quitasoles de los pinos, y los anchos brazos de los cedros azules, caer. Caer hasta anegar los tréboles, y borrar los senderos, caer. (8)

A ratos se acerca a la manera de Ricardo Güiraldes en sus aguas fuertes tan reales:

Allá lejos, a la extremidad de una llanura de tréboles, bajo un cielo vasto, sangriento de arrebol, casi contra el disco del sol poniente divisé la silueta de un jinete arriando una tropilla de caballos.

Eras tú. Te reconocí de inmediato. Apoyada contra el alambrado pude seguirte con la mirada durante el espacio de un suspiro. Porque, de golpe y junto con el sol, desapareciste en el horizonte. (9)

Movimiento lento, sensualidad, olor de tierra mojada, sol, vuelo de pájaros, neblinas, exaltación de la naturaleza, todo se encuentra en la vibración de su apasionamiento natural:

Anhela ser abandonada en el corazón de los pantanos para escuchar hasta el amanecer el canto que las ranas fabrican de agua y luna, en la garganta, y oír el crepitar aterciopelado de las mil burbujas del limo. Y aguzando el oído percibir aún el silbido siniestro con que en la carretera lejana se lamentan los alambres eléctricos, y distinguir, antes del alba, los primeros aleteos de los flamencos entre los cañaverales. (10)

Movimiento lento y sensualidad que hasta pueden revelar a una persona, más allá del significado conceptual de las palabras:

Sus pupilas tenían el color de la miel y despedían siempre la misma mirada perezosa y dulce. (11)

La alta forma poética es frecuente en su estilo, una ex-

presión llena de luz, o de sombras, de originales imágenes y palabras selectas:

Había en el cielo un hormiguelo tal de estrellas, que debí bajarlos casi en seguida, presa de vértigo. Vi entonces el jardín, los potreros crudamente golpeados por una luz directa, uniforme, y tuve frío. (12).

Y por esta forma se va hacia el eterno enigma de las cosas, hacia un mundo metafísico de raras posibilidades de belleza:

No se mueva. ¡Ay qué silencio! El aire parece de cristal. En tardes como ésta me da miedo hasta de pestañear. ¿Sabe uno acaso dónde terminan los gestos? Tal vez si levanto la mano, provoque en otros mundos la trizadura de una estrella. (13)

Que penetra por fin en la zona del misterio, del estremecimiento astral, llena de zozobra, de divinos hallazgos:

Entonces ella vió, pegada a la tierra, una enorme cineraria. Una cineraria de un azul oscuro, violento y mojado, y que temblaba levemente.

Durante el espacio de un segundo el niño y ella permanecieron con la vista fija en la flor, que parecía respirar.

De pronto Fred desvió la luz y la tétrica cosa se hundió en la sombra. (14)

Todavía usa esta escritora instrumentos antiguos de trabajo, pero sus manos los mueven con nueva pericia. Aquí vemos el uso del color azul—tan grato a los modernistas—aliviando el paisaje:

Los cipreses se recortaban inmóviles sobre un cielo azul; el estanque era una lámina de metal azul; la casa alargaba una sombra aterciopelada y azul. Quietos, los bosques enmudecían como petrificados bajo el hechizo de la noche, de esa noche azul de plenilunio. (15)

María Bombal alcanza una perfección técnica en sus descripciones variadas de paisaje. A veces, en golpe rápido, en pulsación de fiebre, nos revela un mundo natural o fantástico:

Da un paso. Y atraviesa el doble anillo de niebla que lo circunda. Y entra en las luciérnagas, hasta los hombros, como en un flotante polvo de oro. (16)

Pero no sacrifica nunca la exactitud de detalle, y sus adjetivos (precipitados, secos) llegan a su frase con pasmosa docilidad:

Mientras tanto, a lo lejos, la campana de alarma del aserradero desgajaba constantemente un repetir de golpes precipitados y secos. (17)

A veces su voz se hace más profunda, como si quisiera resumir en dos líneas largos momentos de éxtasis o de meditación:

Hémos de pronto sumidos en la penumbra y el silencio, el silencio y la penumbra eternos de la selva. (18)

En imágenes audaces nos dará sensaciones distintas de desolación y de tristeza:

Una tarde de invierno gané el bosque. La hojarasca se apretaba al suelo, podrida. El follaje colgaba mojado y muerto, como de trapo. (19)

Pero volverá siempre a lo que ella misma llama el goce plácidamente sensual del paisaje, al deleite del ensueño frente al mundo tangible; placer del cuerpo y del espíritu ante la belleza clara de la vida:

La masa oscura y ondulante de la selva inmovilizada en el horizonte, como una ola monstruosa, lista para precipitarse; el vuelo de las palomas, cuyo ir y venir rayaba de sombras fugaces el libro abierto sobre mis rodillas; el canto intermitente del aserradero—esa nota aguda, sostenida y dulce, igual al zumbido de un colmenar—que hendía el aire hasta las casas cuando la tarde era muy límpida. (20)

En la obra de María Bombal el estilo ha descargado ya su lastre inútil, los viejos pleonasmos románticos, las suntuo-

sas formas decorativas del modernismo, las imágenes delirantes de los surrealistas, y ha encontrado felices correspondencias en una constante auscultación de la vida y en una natural simpatía con los fenómenos de la naturaleza.

A. TORRES-RIOSECO,
University of California.

- (1).—*La Amortajada*, p. 119.
- (2).—*Ibid.*, pp. 121-122.
- (3).—*Ibid.*, p. 19.
- (4).—*Ibid.*, pp. 21-22.
- (5).—*Ibid.*, pp. 96-98.
- (6).—*Ibid.*, pp. 56-57.
- (7).—*Ibid.*, pp. 78-79.
- (8).—*Ibid.*, pp. 11-12.
- (9).—*Ibid.*, p. 39.
- (10).—*Ibid.*, pp. 116-117.
- (11).—*Ibid.*, p. 82.
- (12).—*Ibid.*, p. 76.
- (13).—*Ibid.*, pp. 62-63.
- (14).—*Ibid.*, p. 71.
- (15).—*Ibid.*, p. 34.
- (16).—*Ibid.*, pp. 52-53.
- (17).—*Ibid.*, p. 21.
- (18).—*Ibid.*, p. 24.
- (19).—*Ibid.*, p. 27.
- (20).—*Ibid.*, p. 31.

